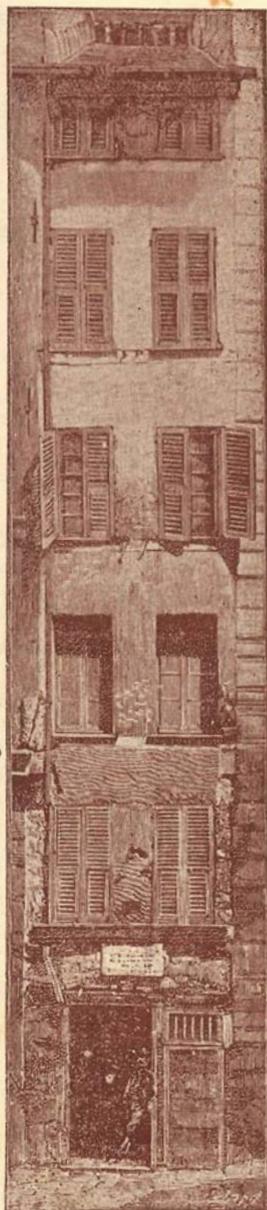


# REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACIÓN PARA EL HOGAR

SARA CASAL VDA. DE QUIROS, DIRECTORA



Casa donde nació Colón

Como varios pueblos de la Liguria, situados todos a poca distancia de Génova, desde hacía varios siglos se disputaban la cuna del gran Almirante, la Academia de Ciencias de Génova, en 1812, nombró una comisión para saber a punto fijo en cuál de esos pueblos había nacido Colón.

El informe emitido por esa comisión, de acuerdo con la tra-

dición popular y los documentos históricos de la época, tanto españoles como italianos, favoreció la tesis, siempre sostenida, de que Génova había sido la cuna de Cristóbal Colón.

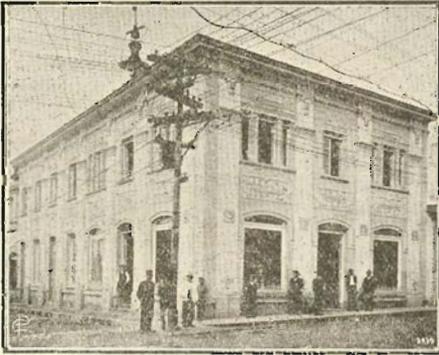
Este grabado representa la casa donde nació el gran descubridor de América, declarada hace siglos, monumento nacional italiano.

ADRIANO ARIÉ.

## CONTENIDO:

Página

|  |                                 |
|--|---------------------------------|
| Editorial. - Madres, cuidad a vuestras hijas.  |                                 |
| Sara Casal Vda. de Quirós.   | 1201                            |
| 12 de Octubre de 1492.   |                                 |
| Discurso de Dña. Rosaura de Venegas.   | 1202                            |
| ¡El adiós... a los cocktails! . . . . .  | Goodfrey Winn. 1203             |
| Una verdadera esposa . . . . .   | Condesa de Lys. 1205            |
| Los jilgueros de Galilea . . . . .   | René Bazin. 1206                |
| La muerte del novelista . . . . .  | 1207                            |
| La Madre (artículo cuarto) . . . . .   | María del Pilar Sinués. 1208    |
| Por los difuntos . . . . .   | 1209                            |
| Arte de cuidar a los enfermos . . . Traducido del francés<br>y arreglado por doña Sara Casal Vda. de Quirós. | 1210                            |
| Curso de corte . . . . .   | Sara Casal Vda. de Quirós. 1211 |
| Carta . . . . .  | Juana M. de Rodríguez. 1212     |
| Palabra y Silencio . . . . .   | 1213                            |
| Recetas de cocina . . . . .  | Digna Casal de Solari. 1213     |
| Tarjeta de agradecimiento . . . . .  | 1213                            |
| La Expatriada . . . . .  | Novela por M. Delly. 1214       |



## BOTICA NUEVA DE SAN JOSE

Fundada el 1.º de Junio de 1899 por su propietario

**MARIANO JIMENEZ ROJAS**

Una de las más acreditadas boticas de San José, especialmente por la confianza que tiene el público en el despacho de sus recetas.

## Bettina de Holst

Frente a "La Tribuna"

NOS LLEGO GENERO DE ENCAJE CRUDO Y ENCAJES BELLISIMOS  
PARA ROPA INTERIOR.

NUEVO SURTIDO DE GUANTES MUY ELEGANTES.

CHUSPAS DE PAJÁ PARA SOMBREROS  
CUELLOS Y PIELES PARA ABRIGOS.

## REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 23 de Octubre de 1932

DIRECTORA  
Sara Casal v. de Quirós  
Apartado 1239  
Teléfono 3707  
OFICINA: 126 varas al Este  
del Seminario,  
Calle de La Soledad

Suscripción Mensual  
de cuatro números:

₡ 1.00

## EDITORIAL

## Madres, cuidado a vuestras hijas

**P**ENA da insistir tanto en este punto, pero nos vemos obligadas a ello por lo que observamos: las niñas van solas a todas partes y las madres tienen demasiada confianza en ellas. Salen de su casa y no saben las madres qué rumbo toman. Una noche de estas iban dos señoritas con dos jóvenes, en auto. No es correcto que vayan sin una persona seria que las acompañe. Los jóvenes a menudo les ofrecen licor y cuando toman varias copitas nadie es dueño de sus actos; si esos jóvenes no abusaron de las niñas, supimos que fué porque tuvieron miedo. Por supuesto que esos jóvenes en lo que menos piensan es en casarse con ellas y menos después que las ven tan sin aprecio para ellas mismas. Otras dos señoritas se fueron en auto y en compañía de dos jóvenes, a Alajuela; almorzarón, tomaron más vino de la cuenta y regresaron en un estado lamentable. La dama que las observó estaba atonojada, pero nada pudo hacer.

Una noche de estas, un auto se descompuso frente a la casa de una estimable dama, quien se asomó a ver lo que pasaba; oyó que varias señoritas y jóvenes reían y comentaban que habían ido a bañarse de noche, habían tomado; solo así se comprende los comentarios que hacían, que no es para contarlos.

Se van al teatro con sus amigos o novios y en la oscuridad y como van solas, no las respetan como debieran respetarlas.

La mujer es tan delicada que la más ligera mancha la perjudica; son pocos los hombres que saben apreciar la corrección de una señorita; desgraciadas las niñas que se casan con jóvenes que no saben apreciar lo que vale la virtud, la pureza de la que va a ser su esposa; si la recibe como esposa, siendo una niña ligera y despreocupada, después de casados, pronto se desilusionará de ella y entonces la cambiará y la hará infeliz en todo sentido; porque si a ella no le importa, buscará en qué desahogar sus penas y la deshonra del hogar será completa.

Cuenta muy grande tienen que dar los padres por el descuido de sus hijas. Generalmente se recibe el castigo de sus propias faltas; y será tarde, cuando vean a sus hijas desgraciadas y siguiendo un mal camino, o formando un hogar infeliz y entonces se lamentarán de haber sido demasiado suaves con ellas. El orgullo de los padres debiera consistir en la educación de sus hijas y no en mostrar que son reinas de belleza, que son las más atendidas en los salones, que son las más simpáticas y corrientes, y muy modernistas. Fuman, beben, pasean en auto solas, cruzan las piernas con descaro, y llevan escotes indecorosos. Este no es el modelo ideal de hija que con orgullo pueden mostrar los padres de familia.

Sara Casal Vda. de Quirós

## MINUTOS DE FILOSOFIA

Si el peso de las ajenas miserias conmueve tu alma, socorre con preferencia a la necesidad vergonzante.

¡Oh maldita amistad, la que en vez de servir para el bien y la virtud, sirve para el mal y el vicio.

# 12 de Octubre de 1492

Discurso pronunciado por doña ROSAURA DE VENEGAS en la Asamblea del 12 de Octubre de 1932 en la Escuela República de México.

La noche es negra y tenebrosa, una noche invernal del mes de Octubre. Recostado en la baranda del barco, un hombre parece romper con su vívida mirada penetrante, las sombras del arcano. No es posible dormir; una ansiedad terrible lo devora; ha empeñado su palabra y si el cielo no lo ampara para descifrar el enigma, tendrá que retroceder o morir. ¡Oh! la muerte es nada antes de soportar las burlas estúpidas de un pueblo que siempre lo tuvo por loco... Y él ora y medita..., de pronto da un salto y cae de rodillas! Alabado sea Dios! Un cañonazo destruye la tapa del misterio y aparece un mundo, el mundo de Colón.

Levantemos un altar. En su parte más alta la reina Isabel, la mujer fanática, sí, pero de un fanatismo superior, la mujer inspirada por Dios (siempre debía de ser una mujer). A su lado, Colón de rodillas, besando aquella filantrópica mano que depositó en las suyas el porvenir de un mundo. A la derecha, Hernán Cortés, que conquistó el fastuoso imperio azteca y a la izquierda Francisco Pizarro acompañado de sus catorce héroes conquistando las regiones del Sur. Formando aureola, vendrían luego los Balboas, extendiendo su mano hacia el poniente, señalando el Pacífico, las Casas, Valdivias, Alvarados, Benalcázar, Solís García, Gaboto, Alonso de Souza, Magallanes y miles de valientes y atrevidos soldados anónimos cuyas heroicas azañas jamás pasaron por la mente de Cervantes. Porque esos titanes ex-

ploraban a la vez que combatían y conquistaban; en las islas y en el Continente, en la montaña y en las estepas, en las costas y en los Andes, en el Mississipi y en el Amazonas en la Florida y en las pampas argentinas.

El cuadro quedaría incompleto si junto a la raza hispana, iniciadora gloriosa de tanta conquista, no admitiéramos a los no menos arrojados e intrépidos ingleses y franceses luchando por la civilización americana; pero ellos pisaron su suelo cuando ya los españoles lo habían bautizado con su sangre.

Niños que me escucháis: por vuestras venas circula la sangre de aquellos héroes que habían heredado el ardor de la conquista de árabes y romanos; lleváis sangre de conquistadores. Trabajad porque la injusticia del nombre de América sea reparada. En este día glorioso, en que la América evoca y canta las glorias de la Madre Patria, elevad vuestros corazones y prometed que daréis al Nuevo Continente el nombre de aquél que con su constancia, abnegación y talento, se elevó sobre los más encumbrados monarcas de la tierra. Que el Nuevo Continente lleve su verdadero nombre, COLOMBIA, en memoria de Colón.

## DE BUEN HUMOR

\* Tía María (horrorizada); ¡Dios mío! Juanito, ¿qué diría tu madre si te viera fumando cigarrillos?

Juanito (con calma). Seguramente le daría un accidente porque son de los suyos.

# ¡ESPERESE!



No se conforme con volverse loco cuando tenga un dolor de cabeza, o de cualquiera otra clase. Acuda a la

## CAFIASPIRINA

y verá que en un momento le da completo alivio, le devuelve las fuerzas y le proporciona un saludable bienestar sin afectarle ni el corazón ni los riñones.

"Si es BAYER es Bueno" → M. R.



CAFIASPIRINA (M.R.) Eter compuesto etánico del ácido orto-oxibenzoico con Cafeína

# ¡El adiós... a los Cocktails!

Por GOODFREY WINN

Las otras noches invité a cenar a una joven-cita moderna y elegante. Por supuesto, lo primero que hice al instalarnos en nuestra mesa "chez Guaglino's" fue pedir cocktails. Para mi gran asombro, Diana, a quien creía la más moderna entre todas las chicas de nuestra generación ultramoderna, no tocó el de ella.

—No ha probado usted su cocktail...—observé, al comenzar a cenar.

—Ya lo sé... ¡jamás tomo un cocktail!—contestóme con vocecita inocente y como algo ofendida.

—¡Qué está usted diciendo, Diana! Si la última vez que cenamos juntos tomó usted uno. Y hasta recuerdo ahora que estuvo usted discutiendo largo rato sobre los méritos de un Bronx y de un San Martín, hasta que se decidió pedir los dos...

—Puede ser que entonces lo haya hecho... pero ¡ya no bebo cocktails!

Miré escudriñadoramente a Diana; realmente, me pareció algo pálida. ¿Quizá no se sentía bien? Esa debía ser la razón para esta súbita abstinencia, pensé, y seguí hablando:

—Creo que todas las chicas toman cocktails, que les agrada o no... ¡Está de moda!—y no pude menos que suspirar recordando los innumerables copetines que había debido pagar...

—Todas lo hacían, y yo también lo hacía...—dijo Diana pensativamente.—pero hemos decidido no seguir haciéndolo. Al menos, algunas de mis amigas y yo no lo haremos más...;

no volveremos a tomar esas bebidas terribles, que durante toda la noche nos tenía mareadas y descompuestas—bebió un trago de limonada, y yo pregunté: Entonces, por qué...—¿Por qué?—me interrumpió ella,—pues porque, como acaba de insinuarlo, estaba de moda; eso de beber cocktails, al igual como pasarse la noche bailando y flirteando; considerábase el colmo de la elegancia. No era posible contarse entre las chicas "de moda", mientras no se dedicase una a todas estas cosas, que eran, en cierto modo, sinónimo de libertad y modernismo. La sencillez, la vida tranquila y pacífica, considerábase como algo terriblemente anticuado. De nada servía ser una "modesta

violeta", porque, en el caso de serlo, no había quien hiciera caso de una, ni nadie la cortejaba y amaba. Todas las chicas hacíamos lo humanamente posible por ser brillantes orquídeas; queríamos ser parecidas a Greta Garbo y, al fin y a la postre, todos nuestros modales llegaron a ser afectados, sin sinceridad alguna, y puede asegurarse a usted que nosotros mismas estábamos cansadas de ellos.

Por un rato pareció Diana sumida en melancólicos recuerdos, pero luego su faz se aclaró.

—¡Gracias a Dios, también esto ha cambiado ahora! Las modas cambian también para las costumbres, y ahora podemos despedirnos de todo esto... Ya no se considera distinguido ni elegante tomar innumerables copetines y pasarse la noche bailando y flirteando...

—Lo que quiere decir—dije,—que después de todo no quieren ustedes ya ser brillantes orquídeas, sino modestas violetas. Perfectamente. Diana; pero debo decirle que el aspecto de ustedes es el mismo...

—También yo creo lo mismo que usted—aseguró Diana,—pero puede creerme que nos "sentimos" por completo diferentes. No puede usted tener una idea del alivio que me produce esto de poder comportarme con toda naturalidad; de poder otra vez ser "yo misma", después de haberme visto precisada a ser "otra" durante años. Todo en nosotros era ficticio, y en el fondo éramos las chicas más sencillas que era dable imaginar, y detestábamos tener siempre que mostrarnos supermodernas, llenas de originalidades...

**Desea hacer un bonito regalo?**

Las batitas más lindas  
y mejor confeccionadas, bordadas a mano  
y de los mas variados estilos tiene

**LA TIENDITA**

de doña CLAUDIA DE GARRON

CONTIGUO AL GARAGE ALFARO

**TELEFONO 3395**

—Entonces... ¿por qué lo hacía usted, Diana? Me parece que nadie la obligaba a beber cocktails, etcétera... ¿No es así?

—No; no es así. Usted mismo me obligaba a ello.

—¿Yo? ¡Tonterías!—pretexté, pensando en mis finanzas, en bastante triste estado.—¿Por “mí” debería usted beber siempre agua!

—¿Oh, no me refería literalmente a los coquetines! Sino a todo lo que éstos podían significar. En otras palabras esta vida agitada que nos veíamos obligadas a llevar. A salir de paseo, de baile todas las noches, llegando a casa a la madrugada, todo eso que constituye el ideal de ustedes los muchachos modernos. Y mientras no se entregaban a ello, les parecía que no se vivía...

—¿Ah, sí!—la interrumpí un tanto airado.—¿y seguramente a ustedes, las chicas, les agradaba acostarse a las nueve, leyendo alguna novela romántica, detestando bailar? ¿Lo harían así únicamente porque creían que estaban obligadas a ello? ¿Cómo es posible, Diana, que tenga usted la audacia de decir estas cosas, cuando sabe usted perfectamente que fue por insinuación suya que venimos aquí esta noche...!

—Pues bien, si lo hice así, fue tan sólo por complacerlo. “Esto” es justamente lo que estoy tratando de explicarle; nos veíamos en el caso de tener que simular que sencillamente adorábamos el baile, que no podíamos pasar una sola noche sin él; que adorábamos las diversiones y el flirt, que nos encantaban las conversaciones más o menos francas con ustedes, porque de lo contrario, ustedes, los muchachos, se creían con derecho a burlarse de nosotras, tildándonos de terriblemente anticuadas... y nunca...

—Y nunca pasábamos de eso..., nunca os proponíamos matrimonio... ¿no es así?—terminé la frase de Diana.

—Exactamente, querido...—Diana me miró con algo de reproche.—jamás nos proponían matrimonio. Seguían flirteando, diciéndonos que éramos deliciosamente encantadoras, que adoraban ustedes nuestra manera de bailar y de conversar, pero de ahí no pasaban. Y por eso hemos reconocido...

—¿Qué es eso de “hemos”? ¿Se refiere a usted sola o a todo el sexo?

—¿No interrumpa! “Hemos” reconocí que buenas tontas éramos al portarnos de aquella manera; nos perjudicábamos doblemente. No conseguíamos maridos y no nos sentíamos absolutamente confortables con nuestro proceder ficticio, que bastante trabajo nos costaba... De manera que, de hoy en adelante, tendrán ustedes que conformarse con vernos así como somos, como deseamos ser, y como somos en realidad, y “no” como quisieran ustedes que fuésemos.

—Bueno, bueno..., si todo eso significa que no tendremos ya necesidad de llevarlas todas las noches a bailes, al cine, ni a invitarlas a cenar en restaurantes costosos de moda, sino que podremos quedarnos tranquilamente en casa, conversando alegremente al lado del fuego, no puedo menos que decirle, Diana, que el cambio de programa me encanta. Ya lo ve usted, queridita, que también ustedes encontrábase equivocadas respecto a los gustos de los hombres. A nosotros tampoco nos agrada esta vida de farándula, pero creíamos que de otro modo no nos haríais caso, y que si empezáramos a hablaros de nuestros deseos por una vida de hogar, tranquila y pacíficamente feliz, todas las chicas se reirían de nosotros a carcajadas.

Diana me contempló por un rato muy pensativamente. Luego inclinóse para adelante sobre la mesa, y pensé que—orquídea o violeta—jamás antes la había visto tan seductora, ni tan maravillosamente hermosa... Sus ojos me parecieron en realidad como dos luminosas estrellas.

Y por fin murmuró ella dulcemente.

—¿Qué grandes tontos hemos sido durante tanto tiempo!

**Dr. Alexis Agüero**

MEDICO CIRUJANO

**OCULISTA**

De la Facultad de Medicina de París

Oficina: 75 varas al Norte  
del Correo.

**Teléfono 2712**

# Una verdadera esposa

Por la CONDESA DE LYS

No son pocos los hombres que al casarse sólo ven en la mujer la belleza física sin pensar en que para el hogar hace falta una mujer que sepa dirigirlo en debida forma. Resulta verdadero clavo para un hombre unirse a una mujer inútil y despreocupada para el hogar. Las muñecas son para exhibirlas en las vidrieras.

Por eso muchos hombres que han tenido en cuenta sólo el físico de la elegida para esposa, jamás han podido considerarse felices. Yo he podido observar a unos y otros maridos.

No hay más que ver cómo esos hombres se presentan. Desde el cuello hasta cualquier detalle de su indumentaria dicen bien a las claras que en su casa no hay mujer hacendosa.

Aun habiendo fortuna, es necesario que la esposa vigile cuanto se refiere a la casa a fin de no abandonarla a capricho de la servidumbre. Muchos hogares aparentan mucho más que los muy adinerados. Todo depende de la clase de esposa que lo dirija.

La poca habilidad de una esposa trae aparejados serios problemas económicos, los cuales llevan muchas veces a un hombre a situaciones difíciles. De ahí el hastío de muchos maridos y también el despego para el hogar que formaron con toda ilusión en la creencia de que no les proporcionaría momentos tan abrumado-

res. Son las mujeres las encargadas de que el hogar se mantenga atrayente para el hombre, quien con entusiasmo lucha por él sabiendo que su mujer administra perfectamente el dinero ganado muchas veces con verdadero esfuerzo.

El excesivo lujo es una de las causas por que muchos hombres le huyen al matrimonio. Temen el derrumbe de una holgada situación formada con algunos años de trabajo. Es necesario que toda mujer lleve tranquilidad al hogar, máxime si a la mujer le toca en suerte un marido ejemplar.

*Nota de la redacción.*—Este pequeño artículo nos sugiere lo siguiente: No son muy recomendables para esposas las hijas, por bonitas, inteligentes y simpáticas que ellas sean, si abandonan el cuidado de la ropa de su padre. Hace poco oímos los siguientes comentarios: las hijas de este señor que es tan buena persona, tan lujosas que andan siempre, tan bien puestas, tan pintadas y el pobre papá anda siempre tan mal vestido, sin cepillar los vestidos, da lástima, de seguro que por evitarse molestias no le dice a sus hijas que le limpien la ropa. La hija que no siente orgullo y satisfacción de ver a su papá bien arreglado y aseado, será lo mismo con el esposo y con los hijos. La mejor recomendación de una señorita es ser buena hija, sumisa y obediente, que en todo le dé gusto a sus papás.

## Miscelánea

*¿Cómo deben ser los hombres?*—Los hombres deben ser como el yunque que trabaja incansable y constante sin quejarse, pero no deben ser como el yunque, porque el yunque tiene la cabeza demasiado dura.

Los hombres deben ser como el gato de mi convento, que cuida noche y día la propiedad de su amo, pero no deben ser como el gato de mi convento, pues cuando menos se piensa da un zarpazo.

Los hombres deben ser como Salomón, que gobierne todo con sabiduría y prudencia; pero no deben ser como Salomón, porque este señor

era aficionado a gallineros demasiado numerosos.

Los hombres deben ser como el pavo real, lleno de elegancia y majestad, pero no deben ser como el pavo real, porque el pavo real es muy vanidoso, soberbio, tonto y canta muy mal.

Los hombres deben ser como los gorriones que cuidan de su familia con esmero incansable, pero no deben ser como los gorriones, porque estos señores son muy pendencieros y muy ladrones.

Los hombres deben ser como Sansón, valiente contra sus enemigos y condescendientes

con su mujer, pero no deben ser como Sansón, pues este caballero por su condescendencia fue engañado por su mujer y vencido por sus enemigos.

Los hombres deben ser como Don Quijote que trabaja y estudia de claro en claro, pero no deben ser como don Quijote, porque este señor a fuerza de trabajar y estudiar perdió los sesos e hizo muchas locuras.

Los hombres deben ser como los mulos que tiran de la carreta del matrimonio, llevándose ellos toda la carga, pero no deben ser como los

mulos, porque estos bichos, cuando menos se piensa, de una coz, dejan sin narices a medio mundo.

¿Qué más deben ser los hombres? ¿Te parece poco lo dicho? Pues si te parece poco, allí va otra:

Los hombres deben ser como los adoquines que llevan sobre sus hombros todo el movimiento de las ciudades, pero no deben ser como los adoquines, porque éstos se dejan pisotear de todo el mundo, hasta de los burros.—YO

## Los Jilgueros de Galilea

Por RENÉ BAZIN

Cuando Nuestro Señor Jesús pasaba por los caminos, llenaba de alegría a las avechitas.

Tan pronto como divisaban su blanca túnica, llegaban por bandadas. Unos se ponían en las ramas de los cercados, que parecían haber florecido de repente; otros corrían en el polvo que sus divinos pies habían tocado; otros se cernían en el cielo y hacían sombra sobre su cabeza. Los que sabían cantar, trinaban de lo lindo; los que no tenían voz, mostraban por lo menos sus plumas. Cada cual decía a su manera: "Gracias, Señor, por el vestido, por la voz, por el color, por el grano, por la hoja que nos oculta, gracias por la vida y gracias por nuestras alas!" Jesús se sonreía, los bendecía y se iban.

Las mismas madres no vacilaban en dejar el nido, sospechando que, por esta vez siquiera, los huevos no tendría nada que sufrir. Se acercaban silenciosas y se volvían con toda prisa.

Un día, sin embargo, en un seto de Galilea, dos jilgueros se quedaron tristes en medio de los demás alegres. Era la época en que el ciruelo silvestre está florido, y todavía verde la blanca espina. Jesús vió un dolor y se detuvo. Entendió lo que las avechitas no saben decir: "Maestro, habíamos hecho nuestro nido, confiados, al pie de un árbol. Había ya dos huevos. Las grandes aguas han venido y se han llevado la casa." Jesús alzó la mano y dijo tan suavemente que era un suspiro más bien que una orden: "Volved a empezar, pequeñuelos".

Los jilgueros construyeron un nido nuevo, en la copa de una encina, por temor a las grandes aguas. Necesitaron mucho tiempo: el crin, la lana, la pluma, de que se componen los nidos de jilgueros, habrían sido empleados hasta la última hebra por los primeros constructores. Los felices, los que se oían cantar en todos los alrededores. Y el hecho es que, cuando se iba acabando la casa redonda, abierta directamente hacia el cielo y columpiada por el viento, una tempestad se desencadenó, tan violenta, tan cargada de granizo, que todo quedó desbaratado.

Los dos jilgueros se encaminaron en busca del Maestro. No eran como nosotros que nos vamos quejando siempre. Querían tan sólo saber si no les quedaba ninguna esperanza de tener, aquel año, una familia que criar y por qué los dos nidos no habían salido bien. La estación estaba ya muy avanzada. Todos los pajaritos, bien pelechados ya, revoloteaban e iban adquiriendo semejanza con los padres. El sol, a mediodía, calentaba como un horno de alquería. Y, además, el Señor había seguido su camino, predicando a los hombres y debía de estar muy lejos.

Largo tiempo lo buscaron, sin tener datos ni modo alguno de pedirlos. Solamente, cuando veía, en un pueblo, una mujer llorando, un niño enfermo, un ciego o aun una cara triste, se decían: "El Señor Jesús no está aquí", y seguían su camino. Esto les pasaba a menudo. En fin, hacia el fin del verano, entraron en una aldea en la cual había mucha

animación. Los niños llevaban ramos, los hombres discurrían entre sí diciendo: "Es verdad, sin embargo, que resucitó a la hija de Jairo. La hemos visto andar, llena de vida". Las niñas lloraban de alegría, quitando sus velos de luto. Los dos jilgueros, sobre una rama cimbrada, a la salida del pueblo, esperaron a Jesús y cuando ya llegaba la noche, pasó y los reconoció. "Pequeñuelos, dijo, nada está perdido. Volved a principiar otra vez. Colocaréis el nido en la mitad del árbol, ni muy bajo, por temor a las grandes aguas, ni muy alto, pues no tenéis fuerzas para luchar contra la tempestad. Id en paz".

Cerca de él, varios hombres estaban agrupados. Oyéndolo hablar, uno empezó a decir: Mandáis a las avecitas que construyan un nido. Maestro, y el invierno se acerca... —Antes de que los materiales estén reunidos, dijo otro, los árboles ya no tendrán hojas.—Las heladas matarán a la madre en el nido, dijo un tercero, y aunque llegaran a criarse los pajaritos, sobre la tierra helada no encontrarán alimento. Pero El que en medio de ellos parecía como un príncipe, miró tristemente a los hombres, sonrió a las avecitas y dijo: "La primavera me obedece. Idos con confianza".

Y los dos jilgueros, en la noche emprendieron el vuelo. Sin pararse y sin cansancio, de un solo vuelo se volvieron al país en que dos veces ya su nidada había perecido. Los caballos habían ido a pastar todo el verano, así es que encontraron crines en abundancia; la lana de las ovejas quedaba cogida de las espigas y no escaseó; muchas plumas inútiles temblaban en la superficie de los abrevaderos y escogieron las más suaves. El nido se hizo pronto. La madre puso seis huevos y principió a empollar. Se vió entonces una cosa bien maravillosa. Mientras los árboles se iban despojando en todas parte, el que sostenía el nido y los que lo rodeaban hasta la distancia de medio campo guardaron sus hojas. Para este espacio bendito, el cielo se conservó puro; las nubes se torcían alrededor y dejaban una gran rasgadura azul por la cual caían la luz y el calor sobre la madre inmóvil en su nido. El viento se entibiaba, al traspasar el límite por Dios fijado. Aquello duró el tiempo preciso. Seis jilgueritos nuevos salieron de los cascarones; abrieron los ojos, vieron, como todos los demás de su especie, que la tierra era hermosa;

salieron las primeras plumas, se ensayaron en volar. Sólo cuando tuvieron todas sus alas, las hojas se pusieron amarillas y los pequeñuelos se dieron cuenta de que el invierno había desde mucho tiempo despojado el suelo, a cien metros del nido.

Ya entendeis que si el Señor Jesús hizo una primavera para dos jilgueros cuya nidada estaba atrasada, haría mucho más para vosotros, si se lo pidierais. Mas nada habría tenido lugar si el padre y la madre no hubieran vuelto a empezar el nido hasta tres veces, y no lo hubieran colocado a media altura, ni demasiado arriba, ni demasiado abajo... y es esto lo que importa mucho saber y recordar.

## LA MUERTE DEL NOVELISTA

En la tarde del 24 de Julio pasó a mejor vida en París el célebre novelista René Bazin, miembro de la Academia Francesa. Había nacido en Angers en 1853: fue primero abogado, después profesor de derecho en el Instituto Católico de París; la Academia Francesa lo aceptó entre sus *Inmortales*, después de haber premiado algunos de sus trabajos.

Sus primeras obras *Stefanette* y *Ma Tante Giron* revelaron en él un escritor de singulares dotes: *Une tache d'Ancre* dió pronto la medida de su ingenio. Su producción novelista y romántica es muy copiosa y es en gran parte acomodada a todos. Además de los trabajos de fantasía, tiene otros; igualmente numerosos, de carácter descriptivo e histórico, en que siempre prevalece el artista. Entre estos hay que contar el *Pie X* y el recientísimo *Ceux de la Trappe*, y sobre todo el admirable *Charles de Foucault*, obra que alguno ha clasificado como la mejor del autor y que ciertamente es una obra maestra, un libro excepcional que funde armónicamente los más diversos elementos, digno de la figura singularísima pintada por el artista.

Un católico insigne, uno de los grandes escritores franceses contemporáneos, de gran fama aun en el extranjero, René Bazin, ha demostrado que se puede servir al bien, ser fieles a los principios morales y a las reglas del arte, de la sencillez y claridad y ser excelentes artistas.

## DE BUEN HUMOR

Pasaba por la calle un hombre altísimo, casi un gigante.

—¿Ves tú ese hombre?—decía un andaluz;—es tan grande, que si se moja los pies no se constipa la nariz, hasta quince días después.

# La Madre

Por MARIA DEL PILAR SINUES

(ARTÍCULO CUARTO)

## I

—¡ Dadme hijos, Dios mío, o haced que muera!

Éste era el grito que Raquel elevaba al cielo cada día: éste era el grito de las mujeres de la nación predestinada, donde todas aspiraban a ser la madre del Mesías.

Éste es el grito que hoy también se escapa del seno de muchas mujeres, que se inclinan sobre una cuna aún vacía.

Desde que la mujer siente un hijo en su seno, sólo anhela la venida de este hijo; su corazón se llena de la ternura más fuerte, más pura, más desinteresada; de la ternura que *da siempre*, y que *no recibe casi nunca*; de una ternura que no agotan ni las fatigas, ni los sacrificios, ni aun la ingratitud, que es algunas veces su recompensa; de una ternura que no se asusta de las pruebas más duras, y que, cuando tiene su origen en la sagrada fuente de la religión cristiana, *nutre*, como dice San Agustín, *almas para el cielo*.

Séfora, madre de los Macabcos, supo exhortar a sus hijos a resistir al tirano Antioco y a desafiar el horror de los tormentos, porque aquella valerosa madre amaba a sus hijos, tanto *y tan bien*, que anhelaba conquistarles, aun a costa del martirio que su corazón sufría al verles martirizar, la felicidad eterna.

“Esta madre era—dice la Escritura—admirable y digna de vivir en la memoria de todos.”

Antioco quiso conquistar por el prestigio de las riquezas y de los honores al más joven de los hijos, al Benjamín de esta heroica Raquel; mas ella, inclinándose hacia el niño, le exhorto con penetrante energía, y le rogó que fuese digno de sus hermanos y de sí mismo.

“El Rey, inflamado en cólera, fue más cruel con este niño que con sus demás hermanos, y aquél murió confiado en el Señor: la madre sufrió la muerte después de todos sus hijos.”

## II

Virgilio ha celebrado con su poesía encantadora a la madre de Euryalo, la única entre las

mujeres troyanas que tuvo valor para seguir el destino de su hijo. Euryalo sucumbe en el combate, y su cabeza, colocada en la punta de una lanza, es paseada ante las tiendas.

La madre, atraída por los gritos de los vendedores, sale del campo de Eneas, a favor del cual combatía su hijo, y vuela al del enemigo, donde aquél ha sucumbido: ve la cabeza de Euryalo; los cabellos de la madre se erizan sobre su frente; su rostro se cubre de mortal palidez; su corazón se ha partido de dolor...; tiembla un instante..., extiende los brazos, y cae con el rostro contra la tierra, para no levantarse jamás.

Santa Mónica, la dulce y amable madre de San Agustín, mostró su amor hacia su hijo llorando desconsoladamente los excesos de aquél, y ofreciéndose al cielo en holocausto de sus errores.

San Agustín lo dice en estas admirables palabras, dignas de su colosal talento: “Mi madre ha sufrido mucho más para engendrar-me a la verdad y a la virtud, que para darme al mundo.”

Estas palabras encierran una elocuente lección para todas las madres, porque la *maternidad moral* es el complemento de la maternidad material, y no pueden las mujeres ser dignas del sagrado nombre de madres sino educando a sus hijos y haciéndoles amar la virtud.

## CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X, Dentaduras de Hecolite, material nuevo que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 25 v. al N. del Carmen

Santa Mónica comprendía así su admirable misión: educó a su hijo con más tierno cuidado; le dió los profesores más distinguidos de su tiempo para que cultivasen su talento, y ella se reservó el cuidado de formar su corazón; siguióle a Cartago, a Roma, a Milán, hablándole siempre en lenguaje dulce y penetrante, y mostrándole a la vez el ejemplo de todas las virtudes.

Pero todo era inútil: el hijo rebelde, extrañado más bien por su imaginación ardiente que por su corazón, no escuchaba nada, y saltaba de abismo en abismo. Un día el peligro en que se arrojó era tan grande, que el corazón maternal estalló en sollozos profundos y desgarradores.

Dios escuchó aquel grito supremo, y ablandó el corazón de hijo, que se volvió por entero hacia su madre.

Mónica lloró veinte años; pero obtuvo, no sólo la conversión, sino la santidad de su hijo; murió dichosa y tranquila, y aquel hijo, que fue obispo, lumbrera de la Iglesia y doctor de sabiduría consumada, no podía, ni aun en los días de su ancianidad, hablar de su madre sin que una gota de llanto subiese de su corazón a sus ojos.

La historia de San Agustín, de "ese hijo de tantas lágrimas", es el triunfo del amor maternal y de la confianza en Dios.

### III

San Juan Crisóstomo, ese genio admirable, debió a su madre la cultura de su espíritu y la de su corazón; era hijo de un viuda, y quiso separarse de su madre para irse a vivir entre los solitarios de Egipto; pero su madre le detuvo por el tierno discurso que la incomparable pluma del santo ha legado a las edades futuras.

"No me hagas viuda segunda vez, le dijo la amorosa madre; no despiertes, hijo mío, un dolor que está sólo dormido; espera que yo muera; ¿no sabes que jamás he querido formar nuevos lazos, ni abrir a un nuevo esposo la casa de tu padre? Era muy joven cuando le perdí; pero Dios ha velado sobre mí; yo me dediqué por completo a mi hijo, y mi corazón estaba lleno de valor; ¿verte sin cesar, mirar en tus facciones un reflejo de las de tu padre, era mi placer de todos los instantes! Antes de que tu lengua pudiera articular el nombre de

madre, tu vista sola me daba la vida; no me dejes ahora: cuando hayas acostado mi cadáver en el sitio donde reposan los huesos de tu padre, emprende largos viajes, cruza los mares, pues que serás dueño de tus acciones; pero en tanto que yo respire, hijo mío, sufre la compañía de tu madre, y teme el enojo de Dios, sumergiéndome en un dolor que no he merecido."

Aún hablaba la amable y dulce madre, y Juan, con las dos manos entre las de aquélla, le prometía no afligir su vejez, vencido hasta en su deseo de santidad por aquel lenguaje tan elocuente y tan tierno.

Aquella santa y noble mujer era admirada hasta por los mismos paganos, y el filósofo Libanius, al verla en su juventud tan bella, tan casta, tan llena de abnegación, exclamaba:

—¡Qué mujeres hay entre estos cristianos!

San Basilio y San Gregorio Nacianceno debieron también a sus madres la perfección de sus virtudes; se puede asegurar que no hay en el Cristianismo una grande alma, ni un hermoso genio, que no haya tenido una buena y santa madre.

Blanca, la hermosa y adorable Blanca de Castilla, formó el alma de su hijo San Luis.

La Iglesia y la Francia deben su ilustre hijo San Bernardo a su madre Aletha: esta mujer distinguida inspiró a su hijo el gusto de las letras, y cuando Bernardo quiso llamar al camino de la virtud a su hermana Humbelina, le bastó evocar el recuerdo de su madre para que la joven cayese de rodillas a sus pies.

## POR LOS DIFUNTOS

Los católicos de Dinamarca, discurriendo como tales, han proscrito las flores, coronas y guirnaldas sobre los féretros. En lugar de éstas, los parientes y amigos del finado colocan sobre su ataúd unas tarjetas enlutadas o cromos especiales, que llevan escrito el número y clase de ofrendas que cada cual ha hecho para misas u obras de caridad.

¿Qué costumbre, dice a este propósito un periódico norteamericano, podría darse más propia y religiosa que esa? Digna es de que se les imite dondequiera. ¡Oh! ¿Quién querrá introducirla en los Estados Unidos?

¿Y quién, decimos nosotros, será tan afortunado que la introduzca en nuestra católica Costa Rica?

¡Cuánto ganarían con ello nuestros difuntos!

# Arte de cuidar a los enfermos

(Traducido del francés y arreglado por doña Sara Casal Vda. de Quirós)

(Continuación)

**Desinfección de los objetos de uso personal de un tuberculoso.**—Los vasos destinados a recibir las deyecciones del enfermo debe ponerse anticipadamente una solución de un desinfectante bien poderoso como sulfato de cobre, carbolina; éstos destruyen el mal olor y los microbios. Los lugares donde se vacian las deyecciones deben desinfectarse con ácido fénico, carbolina, etc.

El desinfectante más poderoso es el fuego, por esto aconsejamos vaciar un poquito de alcohol de quemar en el objeto destinado a recibir, ya sean las deyecciones, los esputos, etc., y luego arrimarle un fósforo encendido para que se encienda, cuando la llama está bien grande, se inclina de un lado a otro para que el fuego destruya todos los microbios. Esta operación debe hacerse con mucho cuidado por el peligro de un incendio.

La ropa del enfermo debe meterse primero en agua fría en la que se ha disuelto algún desinfectante y luego se pone a hervir. La ropa manchada con sangre o deyecciones, debe enjuagarse primero con agua fría y de-

sinfectantes, el agua caliente no disuelve la sangre. El agua fría solamente favorece la reproducción de los microbios.

Todas las aguas en que se lava la ropa del enfermo deben tirarse a un desagüe que pueda desinfectarse inmediatamente. No hay que olvidar que debe desinfectarse el piso del cuarto del enfermo diariamente.

**Cuidados preventivos de la enfermera.**—La enfermedad se trasmite por el aparato digestivo y por el aire y, a pesar de todos los cuidados de desinfección, los microbios flotarán en el aire del cuarto del enfermo. ¿Qué debe hacer la enfermera para evitar el contagio?

1.º—No tomar ningún alimento ni bebida en el cuarto del enfermo.

2.º—Jamás entrar al cuarto en ayunas.

3.º—No permanecer en el cuarto del enfermo cuando duerme, estar cerca para atenderlo a la menor llamada.

4.º—Lavarse las manos y la cara con jabón antiséptico o con algún desinfectante, cada vez que tenga que tirar las deyecciones o ropa sucia.

## El cultivo de la felicidad

Tal vez os quejéis de que vuestra vida es rutinaria, vulgar, sosa, sin sabor ni aroma; pero junto a vosotros habrá quienes lleven el mismo género de vida y, sin embargo, gocen la felicidad en ella y sientan que la vida es una gloria y no una pena. Para ellos será alegría el mismo trabajo que para vosotros es tormento. Encontrarán goces que en vano buscaréis vosotros. Esto consiste en que no habéis apredido a ver lo sublime en lo vulgar. Hay quien descubre mayor placer en la hierba hollada por vuestros pies, y en las humildes florecillas desdeñadas por vuestra mirada, que el que pudieras hallar en los jardines de un rey. Hay quienes en un hogar de suelo desnudo y rasas paredes, encuentran más puras satisfacciones que otros en un soberbio palacio porque en el modesto hogar moran el amor,

el contento y la dulce simpatía, mientras que en el palacio tal vez anidan el egoísmo, la codicia y el sinsabor. Miles de personas han contraído tan firmemente el hábito de vivir contrariados y displicentes, sin causa que lo justifique, que nada les parece bastante para ser felices.

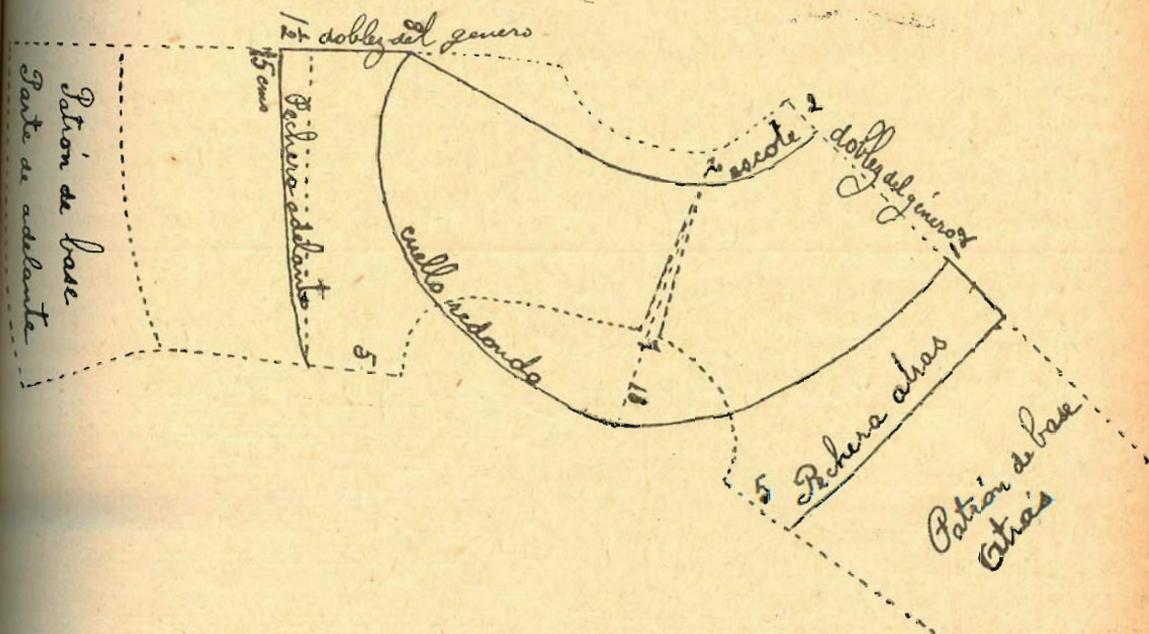
## A los suscritores

El próximo domingo no aparecerá esta revista, porque es quinto domingo, y esta publicación sale solamente cuatro veces al mes.

Un minuto de filosofía.—*Ex-amigos*, es una de las palabras más tristes del diccionario de la vida.

# Curso de Corte

A cargo de doña Sara Casal Vda. de Quirós  
Profesora graduada en Bruselas



## Manera de transformar el Patrón de base en batitas

Nuestro patrón de la página 1179 es lo que llamaremos un patrón de base, es decir, el que nos da la forma del cuerpo; con este patrón se puede hacer toda clase de ropa de niña. Camisas de dormir, lo único es que para dormir se debe hacer la ropa muy amplia y debe aumentársele al patrón de ancho un centímetro más y debajo del brazo lo menos dos centímetros más de ancho, lo que hace un aumento en toda la camisa de 8 centímetros más de contorno del pecho.

Debo advertir que al tomar las medidas del cuerpo se toma la forma de él, y que los patrones de base no cambian, sino la moda es la que cambia. Es como las bases generales de la arquitectura, ellas no cambian, lo que cambia es el estilo arquitectónico. La maestra, la costurera, deben adaptar los patrones a la moda.

## Batita de niña con pechera a cinco centímetros más abajo del bajo-brazo y con cuello redondo escote en punta

Se hace el patrón de base según se explicó en la página 1179. Se mide el largo de la pechera adelante 15 cms. es en el modelo y debajo del brazo se miden 5 cms. lo que le da una forma redonda que al ponerse en el cuerpo queda recta. En la parte de atrás se mide debajo del brazo 5 cms. y se traza una horizontal hacia la derecha, que será la pechera de atrás. A la faldita se le da el largo que se quiera, generalmente es a la mitad de la rodilla o tapándola, y de ancho 1.20 metro más o menos, según el gusto y la moda.

## Cuello en forma redonda

Se colocan los dos patrones como en el dibujo, unidos exactamente en el hombro en el cuello y separados de medio centímetro

# La Expatriada

(Continuación)

El príncipe Milcza no abandonó ni un segundo la cámara mortuoria, y depositó por sí mismo en el sarcófago forrado de raso blanco el cuerpo de su hijo.

En su rostro rígido, tan pálido como el del muertecito, sólo los ojos permitían ver algo de la horrorosa desesperación que debía triturar aquel corazón de hombre.

Los funerales celebráronse, con la pompa acostumbrada, en la capilla del castillo. Por primera vez vió Mirtea ocupado uno de los sillones principales..., y por primera vez también vió al príncipe Milcza vestido de negro.

Los ojos de la joven, henchidos de lágrimas, fijábanse con ardiente compasión en la alta silueta que permanecía en pie delante de todos.

Del corazón de Mirtea surgió ferviente y dolorosa una súplica:

—¡Dios mío, tened piedad de él!... ¡Dadle la fuerza y la fe que le falta!

El minúsculo sarcófago fue a ocupar su lugar en la cripta donde tantos príncipes Milcza reposaban ya. Lentamente, el príncipe Arpad lo roció con agua bendita... Luego, volviéndose, apartó con imperioso gesto a cuantos estaban allí, a su familia, a los domésticos, a los terrazgueros, y salió rápidamente, sin aguardar a que, conforme al uso, todos hubieran desfilado por delante de él.

Mirtea había podido sostenerse hasta entonces, gracias a un supremo esfuerzo de energía. Pero una vez se hubo retirado a su aposento, dejóse caer sobre un sillón, desfalleciendo de laxitud física y moral a consecuencia de aquellos tres dolorosos días, en que después de la agonía del niño, asistió a la del padre, muda pero espantosa.

En su cerebro fatigado, en su corazón penosamente oprimido, dominábalo todo en aquel momento una idea: una compasión inmensa, colmada de angustia, hacia aquel padre cuyo horroroso sufrimiento había comprendido; hacia aquella alma que iba atroz a encontrarse sola en su lucha contra el dolor atroz de la separación..., ¡sola, porque estaba distanciada de su Dios!

Y nadie podía intentar sacarle de su estúpida y pantosa soledad, nadie podía intentar hablarle de resignación... No, ni aun su madre.

Aquel hombre había entregado su corazón entero al niño adorado, y ahora que ya no existía Karoly, el príncipe debía considerar su existencia como un horrible desierto.

En el alma de Mirtea surgió súbitamente un remordimiento al recordar el breve incidente de la víspera. En el momento de depositar al niño en su féretro, el príncipe había quitado el crucifijo colocado entre las manos de Karoly, y pedido, levantando hacia Mirtea sus ojos, de los que no se apartaba una expresión de desesperación inmensa:

—¿Esta cruz le trae a usted a la memoria algún recuerdo querido?

—Sí, príncipe; estuvo entre las manos de mi madre muerta.

—¡Ah!—murmuró él tendiéndosela.

Ahora pensaba Mirtea que tal vez hubiese sido para el príncipe un consuelo conservar aquel crucifijo en recuerdo de su amado Karoly, y que hubiera debido cedérselo. La querida muerta, desde lo alto del cielo, habría bendecido aquel sacrificio de su hija en favor de un desdichado que había perdido la fe en Dios, y a quien la divina imagen del Redentor hubiera podido aportar una fuerza y una resignación sedante en la horrorosa noche en que indudablemente se agitaba su alma martirizada.

Aquella idea pesarosa convirtiéndose para Mirtea en un verdadero sufrimiento. Así, propúsose entregar al día siguiente la cruz a la condesa Zolanyi, suplicándole que hiciese por manera de enviársela a su hijo... Si se hubiese atrevido, ella misma la habría mandado entregar al príncipe aquella noche.

Pero Katalia, que fue de parte de la condesa a informarse de cómo estaba y a ofrecerle sus cuidados, le participó que el príncipe se había encerrado en su despacho, prohibiendo que bajo ningún pretexto fuesen a estorbarle.

Mirtea se acostó, rehusando todo alimento. Su garganta, oprimida por la pena y el cansancio, con trabajo sorbió la infusión calmante

que le trajo Katalia... Y las horas deslizáronse lentas, no aportándole más que el insomnio y poblando su cerebro de angustias imprecisas.

Al rayar el alba, encontrábase algo reposado su cuerpo, pero su cerebro experimentaba más fatiga aún que la víspera.

Una especie de inquietud nerviosa agitaba a Mirtea, ordinariamente tan sosegada y juiciosa, y la obligó en fin a levantarse.

Abrió la ventana, y el aire matutino, fresco y ligero, dilató sus pulmones. Tendió la vista hacia las espesuras del parque, y creyendo que tal vez un paseo matinal calmaría sus nervios sobreexcitados después de la penosa tensión de los días precedentes, vistióse, cubrióse los hombros con un abrigo y bajó, sin cruzarse con ninguna persona en el castillo, dormido todavía, y se dirigió a una puertecita de servicio por donde salía ella del edificio cuando la condesa Zolanyi albergaba a uno o más huéspedes y la joven no quería arriesgarse a encontrarlos.

Los rosados velos de la aurora corriábase lentamente. Los primeros rayos del sol irisaban las gotas de rocío esparcidas en los follajes, y arrancaban centellas a los cristales de los invernaderos.

La fresca brisa vivificaba algo los fatigados nervios de Mirtea y atenuaba el sufrimiento del cerco doloroso que le oprimía las sienes.

La joven avanzaba así en dirección del templo griego. Allí, más que en otra parte, encontraría el recuerdo de aquel que era ahora un ángel en presencia del Eterno; allí podría rememorar con punzante dolor las horas penosas, pero tan a menudo consoladoras, pasadas cerca del caprichoso y tierno niño, sobre el cual había ejercido, por el único encanto de su mirada, de su sonrisa, de su firmeza afectuosa, una influencia más poderosa cada día, y que la había amado hasta el punto de mezclar su nombre al de su padre en su última palabra.

Mirtea tomó un sendero que la condujo hasta el lindo estanque en que se recreaba Karoly viendo nadar los cisnes... Dió la vuelta al minúsculo lago y se encaminó al templo... Sobre el suelo, cubierto de espeso y aterciopelado césped, deslizábanse sus pasos sin producir ruido.

Contorneó la base del peristilo, y detúvose súbitamente... Alguien la había precedido en aquel lugar donde se deslizaba plácidamente la infancia de Karoly.

El príncipe Arpad manteníase en pie, apoyado en una de las columnas del peristilo, cruzados los brazos y fijos los ojos en el sitio del césped donde habitualmente colocábase la silla larga de Karoly. Un rayo de sol, deslizándose oblicuamente a lo largo de las columnas, iluminaba el pálido rostro del príncipe, surcado por un dolor indescriptible.

De repente se descruzó los brazos, y el sol hirió en su diestra un objeto brillante...

Mirtea había visto..., había comprendido...

Lanzóse desolada, y subió los escalones lanzando un grito de angustia...

El príncipe Milcza volvióse bruscamente y retrocedió un poco al ver alzarse ante él a la joven pálida como una muerta y dilatados los ojos, en que se pintaba el horror y el reproche.

—¡Usted..., usted aquí!—dijo sordamente.

—¡Príncipe!... ¡Oh!, ¿qué iba usted a hacer?—murmuró la joven con inexpresable acento de dolor.

Por la mirada del desdichado pasó una llamarada de cólera.

—¿Qué viene usted a hacer aquí?—profririó con violenta voz—. ¡Déjeme..., retírese!...

—¿Dejarle llevar a cabo este crimen?—exclamó la joven con indignación—. ¡No, no; no hará usted esto!

—Lo haré, porque quiero...; porque la vida ya no es nada para mí. ¿Piensa usted que pueda yo vivir sin él, sin mi amado hijito?... No, no; es imposible, y desapareceré también... Váyase pronto: si no hubiera usted llegado, todo había concluído ya.

—¡Con toda mi alma se lo ruego!—gimió la joven uniendo las manos y alocada por aquel acento de apasionado dolor en que sentía palpar una decisión irrevocable—. ¡Es usted cristiano; no olvide usted su alma! ¡Por Dios, se lo suplico!—repitió con la voz entrecortada por un sollozo.

Un estremecimiento convulsivo sacudió el cuerpo del príncipe; crispáronse un segundo sus facciones... Y súbitamente atravesó su mirada otra llamarada de cólera.

—¡No, no; no me vencerá usted! ¡Quiero morir!... No será usted más fuerte que yo... ¡Retírese, le digo!

Mirtea se irguió, centelleantes los ojos...

—¡No, no me moveré de aquí; Veremos si tendrá usted el valor de matarse en mi presencia! ¿Ha creído usted acaso, con ese crimen, encontrar a su hijo junto a Dios?... ¿No piensa usted que obrar así es una cobardía?

De los labios del príncipe escapóse una exclamación de loco furor. Su mano derecha levantóse... sonó una detonación...

Mirtea hizo un brusco movimiento de lado; el proyectil no hizo más que rozarla..., y cayó desvanecida de espanto y de emoción sobre la última grada del peristilo.

—¡Mirtea..., oh!

El príncipe estaba ante ella, arrodillado en los peldaños de mármol. Sus manos asían las de la joven; su mirada, llena ahora de terror y de angustia, fijábase con intraducible ansiedad en el rostro de la joven, tan blanco como las columnas del templete.

—¡Mirtea..., Mirtea!... ¿Está usted herida?

—¡No, gracias a Dios!—respondió débilmente la joven.

¡Ah, loco, ah, miserable de mí!—exclamó el príncipe con tono de sorda desesperación—.

¡Usted..., usted, que prodigó con tanto cariño y abnegación sus cuidados a mi hijito... Usted, que arriesgó su vida por él!... ¡Mirtea!... ¿Podrá usted perdonar nunca a este desdichado loco?... ¡Sí, porque ahora mismo estaba yo loco de dolor, después de una noche atroz en que he visto sin cesar, el amor de mi alma, a mi adorado Karoly!

—Sí, no era usted mismo; bien lo he comprendido—respondió dulcemente la joven—. Yo no tengo nada que perdonarle... No es a mí, príncipe, a quien ha ofendido usted con ese acceso de desesperación.

—¡Ah, yo no creo, no puedo creer ya!—articuló el príncipe con acento en que Mirtea pudo advertir una profundísima amargura.

Los ojos de la joven inundáronse en lágrimas, y sus manos estremeciéronse en las del príncipe.

—¡Esta, esta es la gran infelicidad de usted!—gimió con voz sofocada por la emoción—. Si hubiese usted tenido fe, ésta le habría ayudado a soportar su tremendo dolor... Pero, en realidad, no puedo creer que usted, educado cristianamente, no haya conservado en el fondo de su corazón un ligero destello de esa fe perdida.

El príncipe se había levantado conservando entre sus manos una de las de Mirtea; su mirada, menos hosca, contemplaba el bello rostro entristecido en que radiaba el alma ardientemente cristiana de la joven.

—No sé—murmuró pensativamente—. Mi corazón se ha endurecido, un sombrío velo ha cubierto mi alma... Pero bastante hemos hablado de mí; preciso es pensar en usted, ¡Ah, pobre niña! ¡Cómo tiembla usted aún!

—No es nada... Hace algunos días..., tal vez a causa de la fatiga, me he vuelto mucho más impresionable...

—¡Sí, ha prodigado usted sus fuerzas por él!... Y su padre se lo recompensa, ¡de qué modo!... ¡Mirtea, voy en busca del doctor Heday!...

—¡No, no; no lo haga usted!—dijo vivamente la joven—. No es necesario que sepa nadie lo que ha pasado aquí.

—Es usted generosa en exceso—manifestó el príncipe con alguna emoción—. Pero no aceptaré que de ello pueda sufrir su salud. El doctor será discreto...

—Le aseguro que es inútil. Iré pausadamente hasta el castillo...

Al hablar así, Mirtea púsose en pie, pero vaciló un poco y asióse al brazo que el príncipe extendía hacia ella.

—¿Ve usted? No está usted bastante fuerte todavía. Permítame al menos ofrecerle el apoyo de mi brazo para volver al castillo.

La joven miró al príncipe con aire perplejo.

—Pero se preguntarán qué significa esto... ¿Y si me interrogan?...

—Conteste que se ocupen de sus asuntos—respondió el príncipe, haciendo un gesto de contrariedad y frunciendo las cejas.

—¿Aun en el caso de que sea, su madre?...

—Mi madre duerme todavía a estas horas. Los criados no creo que se hayan levantado aún, y los jardineros no han comenzado tampoco sus faenas... Por lo demás, débil como está usted, no la dejaré ciertamente volver sola, aun cuando hubiese de contar delante de todo el mundo lo que acaba de suceder.

Subyugada por la decisión del acento del príncipe, Mirtea apoyó su mano en el brazo que él le ofrecía, y sostenida así, dió algunos pasos, pero de pronto un fuerte estremecimiento agitó todo su ser.

# Para las madres de familia

## Enséñale a tu hija

(Selección enviada por don Aristides Delgado)

Enséñale a tu hija que 100 centavos forman un peso.

A usar un vestido sencillo.

A pegar botones, zurcir medias y a remendar guantes.

Que la ropa más costosa no es siempre la mejor; sino la más higiénica y comfortable.

A mantener las habitaciones arregladas y limpias.

A amar y cultivar las flores.

A tener un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar.

Enséñale a decir *Nó* con firmeza y a decir *Sí* y sostenerlo.

Enséñale a fijarse en el carácter de aquellos con quien se roza y no en la cantidad de dinero que poseen.

Enséñale todo eso que no te arrepentirás nunca de ello, y tu hija, por su parte algún día te lo agradecerá.

Recuerda de paso que el sufrimiento sirve para despojar el alma humana de todo falso ideal. Y que como decía Goethe: "En las manos del hombre ha sido colocado el timón de su frágil barco para que él no permita que las olas obren a su voluntad."

No hay más angel de la guarda para la criatura humana que sus propias acciones.

A tu hija tú mismo la cuidarás durante los primeros años de su vida, pero después tendrá que cuidarse ella misma. Obrará según tú la enseñaras a obrar.

Procura que tu hija no salga a la vida entontecida por la frivolidad, porque ella es la peor

enemiga. Una excelente educación de hogar no se pierde nunca.

El ejemplo de los padres es una guía segura para los hijos. Lo que se aprende en la niñez subsiste toda la vida. No olvides que tú como padre, no tienes derecho a malcriar a una hija para luego entregarla indefensa al mundo.

Las armas de una mujer (educada a la antigua o a la moderna) son y serán siempre la sencillez, la urbanidad, la honestidad. Tendrá que saber respetarse a sí misma si quiere que los demás la respeten. Es demasiado fácil disculpar todas las deshonestidades con la moda o con la vida moderna. Ni la vida actual, ni las corrientes de la moda deben desviar a la mujer de su camino, perfectamente señalado en la vida desde el origen del mundo. Y es el padre el que ha de enseñar a la hija la rectitud invariable de ese camino, si es que sabe y quiere cumplir con su sagrado deber impuesto por la paternidad.

(De una revista del exterior)

### ANECDOTA

Pasando un día revista Napoleón I sucedió que dejó caer su sombrero, y un subteniente llamado Rabussón, lo recogió y se lo entregó al Emperador.

- Gracias, capitán, dijo Napoleón, sin fijarse en el grado de su subalterno.

- ¿En qué regimiento, Señor?, preguntó Rabussón

- ¡Ah! es cierto, en mi guardia, respondió el Emperador, a quien agradó la presencia de espíritu del oficial.

### Cuide sus ojos

### Valen mucho

Nosotros le daremos los anteojos que Ud. necesita después de hacerle un examen científico

### Consultorio Optico Rivera

Frñete al Hotel Costa Rica

Teléfono 3347

### Madres

## DEXTRO MALTO

Es el mejor alimento para su niño

Su precio bajo, lo pone al alcance de ricos y pobres.

Dr. M. FISCHEL & Co.

Apartado 434 - San José

# LA SANTA BIBLIA

Versión del DR. TORRES AMAT

Edición de bolsillo en tres tomitos, en pegamoid, al precio total de ₡ 14.00

EL NUEVO TESTAMENTO 0 EL ANTIGUO TESTAMENTO  
1 tomo ₡ 3.00 2 tomos ₡ 11.00

Esta edición manual de la SANTA BIBLIA, ha sido bendecida por Su Santidad el Papa Pío XI

DE VENTA EN LA

**LIBRERIA LEHMANN**  
(Sauter & Co.)

## A las amas de casa:

### «LA BOLSA MERCANTIL»

les ofrece: jabón de lavar, café tostado y molido de primera calidad, maíz quebrado, afrecho de arroz y de trigo, y todos los artículos que se consumen en el hogar.

Economico dinero. Precios baratísimos.  
Calidad insuperable.

Lado Oeste del Mercado - Teléfono 2619

A. MOLINA

## Use bombillos

# EDISON MAZDA

The Costa Rica Electric Light  
& Traction Co., Ltd.

Departamento Comercial  
Distribuidores

## Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de Grecia, Hacienda «VICTORIA».  
> de Santa Ana, Hacienda «LINDORA».  
> de Turrialba, Hacienda «ARAGON».

ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.  
ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor — Al por menor

APARTADO 493 - TELEFONO 2131



## BARATILLO

Almohadones japoneses  
de petate, para asientos,  
a ₡ 1.00 y ₡ 1.50

Escobas, las más recomendables a las amas de casa por su duración.

### QUESADA Y AMADOR

Fábrica detrás del Colegio  
de Señoritas

TELEFONO 2879

## COCINAS ELECTRICAS

# THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

**FERRETERIA**

**Clemente Rodríguez Hijos**

**Teléfono 2073**

## GRAN FABRICA DE MOSAICOS

# Adela v. de Jiménez e Hijos

Construcciones, Cemento, Mosaicos,  
Balaustres, Materiales de Construcción

Ferretería - Taller Mecánico

Piedra Quebrada

**Teléfono 2278**